

MEMORIAS DE UN VIAJERO. CONTRIBUCIONES AL CONOCIMIENTO DEL PERIODO PREHISPÁNICO DE LOS LLANOS ORIENTALES DE COLOMBIA.

*YURI ROMERO PICÓN**

Recibido: 12 de septiembre de 2009

Aprobado: 16 de octubre de 2009

Artículo de reflexión

* Antropólogo y Especialista en Antropología Forense de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Desarrollo Regional de la Universidad de los Andes, Bogotá. Candidato a Doctor en Desarrollo Sustentable de la Universidad Bolivariana y CLADES, Santiago de Chile. Docente en las carreras de Antropología y Ecología, Universidad Javeriana, y en el CIDER, Universidad de los Andes. Coordinador del grupo de investigación “Urdimbre” en la Universidad Antonio Nariño. Consultor de arqueología en Estudios de Impacto Ambiental y Programas de Arqueología Preventiva. Correo: yrp@telmex.net.co

Resumen

Este artículo empieza con una reflexión crítica sobre los inconvenientes de las síntesis históricas que buscan abarcar todo el período prehispánico de Colombia. Metodológicamente, el autor propone el “reconocimiento multisituado” como una aproximación a la arqueología de una región desde diferentes proyectos específicos vinculados a estudios de impacto ambiental. Después, el autor desarrolla su interés en comprender el período prehispánico de los departamentos de Arauca, Casanare y Meta, utilizando datos arqueológicos.

Palabras clave: período prehispánico, arqueología de paisaje, pautas de asentamiento, reconocimiento multisituado, achaguas, guayupes.

MEMOIRS OF A TRAVELER. CONTRIBUTIONS TO THE KNOWLEDGE OF THE PRE-HISPANIC PERIOD OF THE EASTERN SAVANNAS OF COLOMBIA.

Abstract

This paper begins with a critical reflection on the disadvantages of the historical synthesis that attempt to encompass the Pre-Hispanic period of Colombia. Methodologically, the author proposes “multilocalized recognition” as an approximation to the archaeology of a region from different specific projects linked to environmental impact studies. The author later focuses on understanding the Pre-Hispanic period of the departments of Arauca, Casanare and Meta, using archaeological data.

Key words: Pre-Hispanic period, landscape archaeology, settlement patterns, multilocalized recognition, achaguas, guayupes.

En una conocida librería de Bogotá, elaboraba con unos colegas una lista de textos actualizados que –a nuestro parecer– podían contribuir en la formación de estudiantes de una licenciatura en Ciencias Sociales. Textos que de alguna manera contribuyeran a trascender la visión positivista de la enseñanza de la historia y la geografía en alumnos que por lo general van a desenvolverse como profesores en colegios urbanos y rurales de bajos recursos económicos.

Entre los títulos, nos llamó la atención el de *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber*. Conformado por artículos de diferentes autores. Y en mi caso, me interesó el capítulo titulado “Mil años hace... De la prehistoria al descubrimiento” escrito por el antropólogo e historiador Luis Enrique Rodríguez (2007: 25-58) porque encontrar un texto que lograra sintetizar “todo lo que hay que saber” sobre el tema era una novedad, sobre todo si reconocemos que es una labor compleja revisar y comprender toda la literatura especializada e intentar conciliar los diferentes enfoques teóricos e interpretaciones regionales en un sólo artículo.

Sin embargo, después de adquirir el libro y leer con cuidado el capítulo en referencia quedamos con cierta preocupación académica. No cabe duda de que las fuentes consultadas son valiosas: por ejemplo, nadie cuestiona el valor de la obra de Gerardo Reichel Dolmatoff, pero desde que él escribió su capítulo “Colombia indígena. Período Prehispánico” en *Nueva historia de Colombia* (Reichel Dolmatoff, 1989), hace veinte años, ha habido importantes contribuciones a la arqueología del país que sin duda el medio no especializado quisiera conocer.

Por ejemplo, para el medio académico y no académico puede ser importante conocer que en el debate sobre el origen de los humanos en América también han jugado un papel importante las contribuciones de la antropología biológica y la genética para reforzar la teoría del poblamiento por el Estrecho de Bering hace menos de 30.000 años. Pero aún más interesante puede ser el conocer el papel que han jugado los canales televisivos *National Geographic*, *Discovery* e *History* para cerrar debates sobre la aceptación o no de los sitios arqueológicos más antiguos del continente y la teoría del poblamiento. Esto ha tenido importantes incidencias en las interpretaciones de los contextos arqueológicos paleoindios de Colombia y demás países latinoamericanos. Un artículo sobre esto lo escribió Politis (1999) en un *Boletín de arqueología* de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales –FIAN– hace 10 años.

No cabe duda de que una de las grandes contribuciones a la arqueología de Colombia han sido los aportes de Gonzalo Correal y Thomas van der Hammen, a través del programa de investigaciones sobre el “Medio ambiente pleistocénico y el hombre prehistórico en Colombia”. Durante 25 años sentaron las bases del conocimiento sobre este período. Después de ellos, otros arqueólogos y arqueólogas también han contribuido con investigaciones rigurosas de varios años: por ejemplo, la Fundación ERIGAI (Herrera et al., 1992) en el Amazonas, y la Universidad de Antioquia en el Valle del Río Porce (Castillo, 1998). Una síntesis sobre el precerámico, en la que se buscaba visibilizar varios informes no publicados, artículos dispersos

y lo que se conocía y no se conocía en una y otra región del país se encuentra en un *Boletín* de la FIAN de hace poco más de 10 años (Romero, 1996). Como autor de ese artículo, puedo afirmar que al respecto se lograron importantes avances hasta finales del siglo XX y que desde entonces se ha avanzado poco. Las razones las intuyo: falta de interés en la generación de relevo, falta de apoyo institucional y la agudización del conflicto armado en el país que, dicho sea de paso, frenó el impulso que se traía desde la década de los años setenta.

Sin entrar en detalles sobre diferentes proyectos en diferentes regiones, vale la pena mencionar, al menos, otros dos tipos de contribuciones. La primera, la de Luis Duque Gómez como director de la FIAN. Además de haber sido uno de los pioneros de la arqueología de Colombia, otro de sus aportes fue el de haber apoyado a una generación de arqueólogos que con bajos presupuestos lograron poner en contexto la arqueología del país. Si se quiere conocer lo que ésta ha sido hay que empezar consultando la colección de más de setenta libros del Banco de la República a través de la FIAN.

Por otra parte, cabe mencionar las contribuciones de Héctor Llanos y Robert Drennan. El primero de ellos, continuador de las investigaciones de Luis Duque Gómez y Julio César Cubillos en San Agustín, logró en 20 años de trabajo riguroso y en su libro *Los chamanes jaguares de San Agustín* (Llanos, 1995) presentar una importante visión antropológica y arqueológica sobre las pautas de asentamiento y los paisajes rituales prehispánicos en esta región colombiana. Una visión que ha sido acogida con interés por historiadores, geógrafos y arqueólogos.

En el caso de Robert Drennan, sus aportes son innegables. El proyecto regional "Valle de la Plata", en el Huila, prácticamente introdujo una nueva metodología que dio un vuelco a la manera como se venía haciendo arqueología en Colombia y sirvió para que un grupo de jóvenes estudiaran sus postgrados en la Universidad de Pittsburgh y volvieran a Colombia a investigar y formar una nueva generación de arqueólogos. Los trabajos de Carl Langebaek, en el altiplano cundiboyacense y en Tierradentro Cauca o los de Carlos Sánchez y Víctor González en el Alto Magdalena, por citar sólo algunos, tienen sus raíces en la propuesta metodológica del Valle de la Plata.

Podríamos citar otros ejemplos valiosos sobre aportes a la arqueología colombiana como los de la Fundación Pro Calima (Cardale et al., 1992) en el Valle del Cauca o los del INCIVA en la Costa Pacífica (Stemper y Salgado, 1995; Romero, 1995) o los de Morcote (2008) en el Amazonas; para mostrar un panorama mucho más amplio del que se mostraba en la *Nueva Historia de*

Colombia hace veinte años y del que muestra Rodríguez (2007); pero éste no es el propósito central de este artículo.

Sólo habría que agregar que Rodríguez prácticamente se concentró en señalar los aciertos de las obras de Gerardo Reichel Dolmatoff y del historiador Hermes Tovar (1993), que por su puesto tienen grandes méritos; en citar ampliamente un artículo de Flórez, Mora y Patiño (1997) acerca del aparente anquilosamiento de la investigación arqueológica en Colombia y los problemas de los modelos interpretativos; y en indicar que la historia del período prehispánico de nuestro país no es sólo la historia de los Chibchas.

En consecuencia, una conclusión apresurada sobre el periodo prehispánico, desde el punto de vista de alguien no especializado que lee a Rodríguez (2007), es que sólo Reichel Dolmatoff ha hecho un aporte valioso a la arqueología de Colombia y de eso hace más de veinte años, y que desde entonces los arqueólogos no han sabido formular las preguntas indicadas, ni proceder metodológicamente de manera correcta en sus excavaciones, ni entender antropológicamente el pasado, etc. No se muestran las contribuciones que ha habido para comprender ese problemático pasado prehispánico región por región, como tampoco que este es un país en el que no se cuenta con gran apoyo presupuestal para realizar análisis especiales con tecnologías sofisticadas en la investigación científica; que el problema de orden público es serio cuando se quiere investigar en regiones apartadas de la geografía nacional; que si bien hay una legislación de arqueología preventiva para proyectos que requieren licencia ambiental (Ley 1185 de 2008 y Decreto 763 de 2009), casi siempre hay que volver a los mismos municipios con revisiones puntuales en zonas de bajo potencial arqueológico; y que los cambios en la manera de hacer arqueología en el país –tal como lo expresa Gómez (2005)– son mucho más complejos y variados puesto que obedecen a la coexistencia de diferentes niveles de preparación, espacios de interlocución y calidad del registro arqueológico disponible.

No cabe duda de que el problema de las síntesis es que para decir algo hay que omitir muchas cosas. Con esta advertencia, el propósito central de este artículo es mostrar aspectos poco divulgados sobre la arqueología del oriente del país en los departamentos de Arauca, Casanare y Meta, a partir de mis recorridos como viajero por una región que –en el rompecabezas de la arqueología colombiana– presenta grandes vacíos que dificultan la comprensión del período prehispánico. La principal fuente de consulta son los informes que he presentado al Instituto Colombiano de Antropología e Historia en proyectos de arqueología preventiva.

Reconocimientos multisituados: un camino metodológico

Una propuesta para estudiar la espacialidad humana en arqueología y una manera de aproximarnos a la interpretación del registro arqueológico es la de la arqueología del paisaje. Los paisajes no sólo son constructos de las poblaciones humanas sino que son también el medio en el que esas poblaciones sobreviven y se sustentan. De acuerdo con Criado (1999: 6), un paisaje, en cuanto producto social, está conformado por la conjunción de tres dimensiones: el entorno físico o matriz medioambiental de la acción humana; el entorno social o medio construido por el ser humano y sobre el que se producen las relaciones entre individuos y grupos; y el entorno pensado o medio simbólico que ofrece la base para desarrollar y comprender la apropiación humana de la naturaleza. Así pues, la arqueología del paisaje estudia un tipo específico de producto humano (el paisaje) que utiliza una realidad dada (el espacio físico) para crear una realidad nueva (el espacio social: humanizado, habitacional, económico, político, etc.) mediante la aplicación de un orden imaginado (el espacio simbólico: sentido, percibido y pensado).

Los paisajes son construcciones dinámicas en los que cada comunidad y cada generación impone su propio mapa cognitivo en un mundo antropogénico e interconectado, de morfología, planificación y significado coherente (Anshuetz, Wilshusen y Schieck, 2001: 162). El dominio paisajístico implica la existencia de una pauta de interacciones en un lugar y entre lugares (Deetz, 1990: 2). Las pautas que pueden observarse, tanto de restos materiales como de espacios sin evidencias, provienen de las interacciones entre el dominio de lo culturalmente organizado y el espacio vital culturalmente no organizado (Bindford, 1983: 380).

Así, toda modificación de un territorio para ocuparlo como sitio de residencia, campo hortícola, vía de tránsito, espacio ritual o cualquier otra actividad humana aprehensible y mensurable mediante el registro arqueológico, es tema de interés de la arqueología de paisaje. A mi modo de ver, bajo este enfoque puede orientarse el estudio de pautas de asentamiento, entendidas como: las respuestas sociales, económicas, políticas y/o culturales de las sociedades humanas en sus interacciones con la naturaleza durante un tiempo y en un territorio determinado; o el modo como las personas intervienen en su entorno físico para hacerlo habitable y construir una vida en comunidad o, si se quiere ver de otro modo, construir tejido social.

El tejido social puede entenderse como un conjunto de relaciones efectivas que determinan formas particulares de ser, producir, interactuar y proyectarse en diferentes ámbitos de la vida social: por ejemplo, familiar, comunitario, laboral y ciudadano en el contexto de la sociedad de hoy día (Romero, 2006a: 225); en el

contexto de las antiguas sociedades indígenas podría ser: familiar, comunitario y supraterrrenal, si se tienen en cuenta las relaciones simbólicas particulares que se tejían con deidades, espíritus de la naturaleza y los propios ancestros.

Sin duda, la arqueología de paisaje transita por un camino de larga duración construido poco a poco en el ejercicio de la arqueología. Un proyecto de arqueología preventiva es un primer paso en esa dirección, permite empezar a explorar un territorio. Una secuencia de proyectos ofrece una visión más amplia sobre lo que se quiere indagar a partir de dos líneas de acción: la primera corresponde a la identificación en campo de las unidades de paisaje propicias para la ubicación de sitios de asentamientos (ej. terrazas ribereñas no inundables y cimas planas de colinas) y modificaciones antrópicas del paisaje (ej. canales, caminos, eras de cultivos y montículos funerarios). La segunda línea se basa en la prospección de áreas específicas a partir de la realización de secuencias de apiques (excavaciones del ancho de una pala) y de excavaciones arqueológicas propiamente dichas.

No obstante, ¿bajo qué concepto se puede comprender una secuencia de proyectos de arqueología preventiva en una misma región, a veces, distanciados significativamente en el tiempo? Es decir, proyectos que no forman parte de un programa académico de investigación, sino que son el resultado de consultorías.

Un concepto que considero apropiado es el de “reconocimiento multisituado”, entendiéndolo como una manera de aproximarnos a la arqueología de una región desde diferentes proyectos específicos, no relacionados entre sí, los cuales ofrecen al arqueólogo un panorama cada vez más claro sobre sus preguntas de investigación en un lapso determinado. Sus resultados son descubrimientos paulatinos en el quehacer profesional al ir una y otra vez a una misma región. Al principio, portando un conocimiento basado en información bibliográfica, el cual se va afinando con el tiempo a partir de la propia experiencia investigativa.

Un reconocimiento arqueológico multisituado también puede entenderse como un camino para localizar y seguir objetos y modalidades de pensamiento, por lo general, simbólico, en el marco de la estrecha relación antropología-arqueología. Es una manera de llevar a la práctica la arqueología de paisaje a partir de indicios, pistas, observaciones casuales, que con el tiempo adquieren una forma más clara para el investigador en un contexto regional.

Un lector suspicaz puede ver cierta analogía con el concepto de “etnografía multilocal” de Marcus (2001). Sólo es asunto de denominación, porque en este último caso lo que se afirma es que la labor etnográfica no debe entenderse

sólo en términos de la puesta en escena convencional de la etnografía unilocal cuando el objeto de estudio es la formación cultural producida en diferentes lugares; y no necesariamente bajo las condiciones de un grupo particular de sujetos. Si lo que se investiga se encuentra en el ámbito de las modalidades de pensamiento llevadas a la práctica, por ejemplo, narrativas y metáforas, entonces, la investigación etnográfica sigue literalmente a su objeto. Las localizaciones son relevantes porque muestran en el microespacio los fenómenos y las fuerzas que operan como resultado de procesos macros o globales.

De Arauquita a San Carlos de Guaroa

El río Ele nace en las estribaciones de la Cordillera Oriental, por donde desciende para recorrer un paisaje de llanuras y unirse con el río Lipa. Luego sus aguas desembocan en el río Cravo Norte, que a su vez desemboca en el río Casanare y éste en el Meta. En 1736, Juan de Rivero –sacerdote de la Compañía de Jesús– se refería a los cordilleranos indios Giraras del Ele como enemigos antiguos de los Giraras de Tame. En ese entonces, se buscaba reducir las parcialidades de estos indios bajo la jurisdicción de Tame (Rivero, 1956). Desde entonces, el río Ele casi ha pasado desapercibido en la historia colombiana. Sin embargo, un pequeño hallazgo sirve de punto de partida en nuestro viaje hacia el sur, identificando sitios arqueológicos y construyendo una historia. Como guía para el lector, la **Figura 1** muestra la ubicación de algunos ríos y caños de los Llanos Orientales que se citan en este artículo.

En el sector de Caricare, municipio de Arauquita, fragmentos antiguos de cerámica indígena encontrados cerca al río Ele, suscitaron mi interés. No parecía que hubieran sido de la etnia Girara, pues el sitio está muy lejos del territorio ancestralmente habitado por ella. Tampoco de la etnia Sikuaní (Guahibos), quienes se caracterizaban por su alta movilidad para aprovechar los ciclos de caza y recolección en las extensas llanuras. La clasificación de la cerámica sólo mostraba un solo tipo que denominamos: “Caricare habano acanalado”.

Éste presenta una pasta de textura compacta fina, bastante dura, cocida en atmósfera reducida y atemperada con arena fina de río. Al golpearla, el timbre tiende a ser agudo. El color de la superficie es habano claro (7.5 YR 6/4 Light brown), sin manchas de cocción, la calidad del alisado regular, sin engobe. Para su manufactura se usó la técnica del enrollado en espiral. En la muestra analizada se observaron a manera de decoración acanaladuras en el cuerpo de las vasijas, y bordes directos biselados. El único objeto completo diferenciable fue un rodillo para pintar tejidos (Romero, 2007).

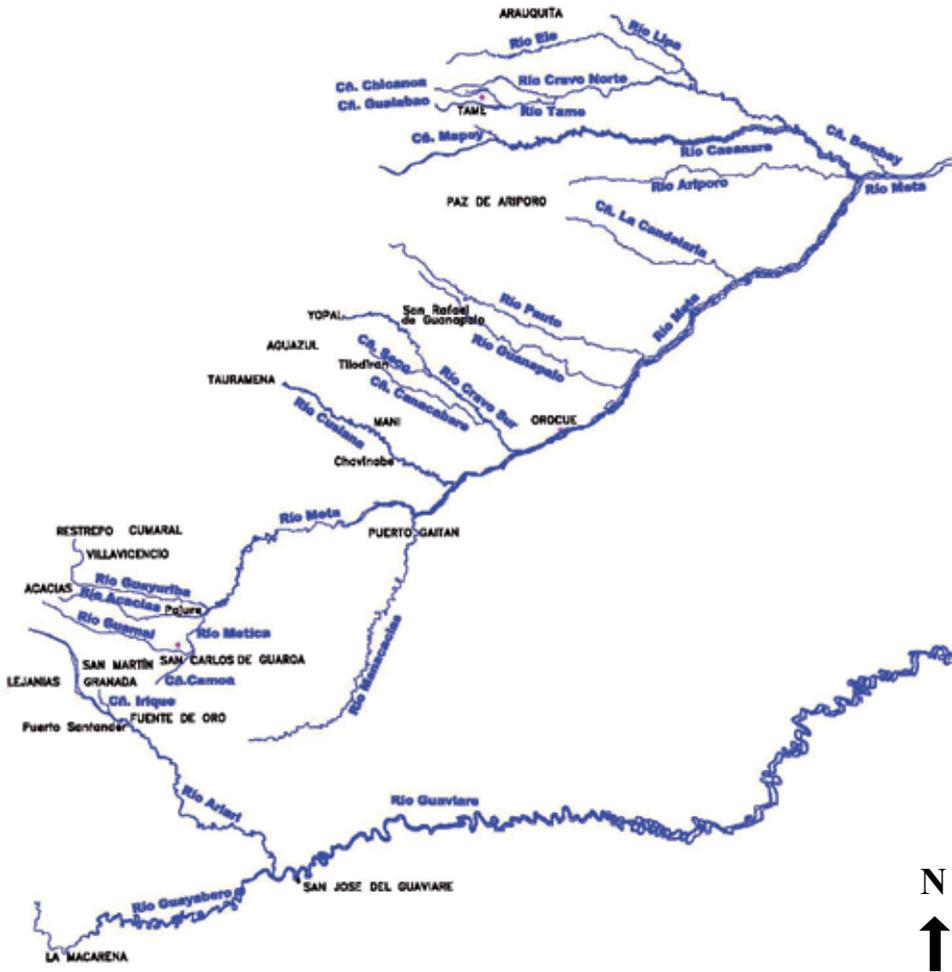


Figura 1: Ríos y caños citados en el documento. (YRP).

En el contexto regional, la cerámica de este tipo presenta similitudes con la excavada en la cuenca baja del río Casanare y clasificada por Giraldo de Puech (1976) como “Casanare habano carmelito”. De acuerdo con la autora, la cerámica de este tipo excavada en el sitio el Mochuelo se caracteriza por una textura poroso-granular. Aunque también aparecen fragmentos de tipos laminar y compacto (*Ibid.*: 218). Presenta un aspecto burdo y decoración escasa: sobresalen las impresiones por cestería y textiles, pero también las acanaladuras (*Ibid.*: 244). Entre las formas identificables se destacan los cuencos anchos y los platos hondos. La datación de otro de los sitios excavados,

conocido como caño Bombay, en la cuenca media baja del río Meta, permite ubicar los hallazgos como de finales del siglo XII d.C.

En el mismo sector, a mediados de los años setenta, Rojas de Perdomo (1983) excavó un sitio en el que encontró, en los niveles inferiores, platos de burda manufactura atemperados con ceniza, los cuales asoció con el procesamiento de la yuca. Mientras que en los niveles superiores encontró cerámica más compacta, atemperada con arena de río. También encontró figurinas antropomorfas con la boca y ojos en forma de granos de café, y fragmentos de metates y manos de moler relacionados con el uso del maíz en la dieta alimenticia. Las dataciones, curiosamente, fueron rechazadas por la autora por considerar que no corresponden con la fecha obtenida por su colega Giraldo de Puech y, literalmente, por haber resultado más antiguas de lo que esperaba (*Ibid.*: 8).

Aunque no hay uniformidad en la descripción de la cerámica, la información disponible sugiere que el tipo “Casanare habano carmelito” de Giraldo de Puech corresponde a la cerámica de los niveles inferiores de la excavación de Rojas de Perdomo, y que la cerámica de los niveles superiores corresponde a un segundo tipo denominado por Giraldo de Puech como “Casanare compacto”, de color habano, con superficies de buen acabado, decoración pintada y aplicaciones en forma de granos de café. Si las interpretaciones son correctas, en el siglo XII d.C. habría predominado el procesamiento y consumo de la yuca en las cuencas bajas de los ríos Cravo Norte, Casanare y Meta.

Es interesante observar que siguiendo aguas abajo por el río Ele se puede llegar a los sitios excavados por Giraldo de Puech y que las similitudes entre el “Caricare habano acanalado” y el “Casanare habano carmelito” sugieren un vínculo entre sí. Las diferencias en las pastas (ej. porosas y compactas) se deben a las composiciones de las arcillas que provienen de diferentes depósitos, mientras que las similitudes en la decoración y la manufactura casi siempre son rasgos compartidos cuando un mismo grupo étnico es el responsable de la fabricación.

De acuerdo con Hodder (1988: 14), en diferentes estudios se ha observado que a mayor interacción étnica corresponde una menor semejanza estilística en la alfarería. Cuanto mayor sea la competitividad entre grupos, más marcados serán los límites de la cultura material entre ellos. Por lo tanto, la diferencia en la cerámica de grupos vecinos puede entenderse como un elemento de afirmación identitaria.

Ahora bien, siguiendo nuestro recorrido por el departamento de Arauca, en el municipio de Tame, en las riberas de los caños Mapoy, Chicanoa y Gualabao, en alguna ocasión encontramos cerámica en contextos de viviendas, que en su momento clasificamos como “Tame anaranjado poroso” y “Tame anaranjado compacto” (Chacín y Romero, 1997). El primer tipo tiene pasta de textura porosa, más bien blanda, atemperada con arena de río y, por su puesto, el color predominante es el anaranjado (10 YR 6/2 grayish yellow brown; 7.5 YR 6/6 orange; 7.5 YR 7/4 dull orange). Las superficies de los fragmentos no presentan manchas de cocción ni engobe, ni decoración, la calidad del alisado es burdo. La técnica de manufactura: el enrollado en espiral.

El segundo tipo tiene pasta de textura fina compacta, un poco más dura que el anterior, atemperada con tiesto molido y arena de río. El color también es anaranjado (10 YR 6/2 grayish yellow brown; 5 YR 6/6 orange; 10 YR 6/3 dull yellow orange; 10 R 6/4 dull reddish orange). Sólo algunos fragmentos presentan manchas de cocción y ninguno engobe ni decoración. La técnica de manufactura: el enrollado en espiral. Los bordes identificados son ligeramente evertidos con labio redondeado y directo con labio redondeado. Entre las formas diferenciables había una ollita globular con borde ligeramente evertido y dos asas, y un cuenco semiesférico de borde directo. También encontramos figurinas antropomorfas y zoomorfas modeladas con aplicaciones e incisiones.

Al comparar esta cerámica con los tipos establecidos por Giraldo de Puech (1976) fue difícil establecer vínculos. Entonces, ¿correspondería la cerámica encontrada en Tame a la etnia Girara? Infortunadamente, la mayoría de las veces no es sencillo establecer esta clase de relaciones.

En el medio académico, desde hace varios años, ha tomado curso la práctica de relacionar arbitrariamente los datos arqueológicos con los mal llamados datos etnohistóricos. Es decir, se elabora un contexto regional basado en fuentes del período colonial hispano y luego se superponen los hallazgos arqueológicos, asignándoles un doliente a los utillajes domésticos y rituales excavados o recolectados. No cabe duda de que en algunos casos los contextos arqueológicos se prestan para hacer este tipo de inferencias, sobre todo si se cuenta con dataciones que ubican los hallazgos en el período colonial, pero la mayoría de las veces simplemente se trata de información de relleno.

Bajo estas circunstancias, la relación arqueología-antropología-historia en los Llanos Orientales ha resultado una labor de presunciones. Y, tal como se aprecia en varios informes consultados en el Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH–, las naciones Achagua y Guayupe habrían dominado la geografía prehispánica y colonial de los departamentos de Casanare y Meta, respectivamente. ¿Será que si no se incluyen algunas citas

de cronistas de la colonia los hallazgos arqueológicos pierden validez? No lo creo. Por cierto, al hablar de etnohistoria deberíamos referirnos más a la reconstrucción de la historia a partir de la tradición oral presente en los pueblos indígenas (Baquero, 1988: 63), que en algunas ocasiones pueden corroborarse a través de la arqueología. Con seguridad la autora que más avanzó en Colombia en la reconstrucción histórico-arqueológica a partir del estudio de mitos indígenas ha sido Osborn (1985), en sus investigaciones con la etnia U'wa.

Continuando con nuestra travesía hacia el sur, nos ubicamos en la ribera del caño La Candelaria, vereda La Veremos del municipio de Paz de Ariporo. En este sector, los campesinos han encontrado entierros y abundante cerámica indígena. Éste es uno de esos sitios que todo arqueólogo que ha trabajado llano adentro hubiera querido excavar rigurosamente y no simplemente recoger información fragmentada (Romero, 2008 a).

El análisis de una muestra de la cerámica encontrada permitió establecer un tipo que denominamos "Ariporo compacto". La textura de la pasta es compacta, atemperada con arena de río. El color predominante es el anaranjado (7.5 YR 8/6 orange; 10 YR 8/4 orange). El acabado de la superficie es burdo. Los fragmentos no presentan manchas de cocción ni engobe, ni decoración. La técnica de manufactura: el enrollado en espiral. A manera de decoración se destacan las aplicaciones de grandes volutas en los bordes externos. Una forma diferenciable es la de cántaros resistentes para almacenar líquidos. Un rodillo para pintar telas muestra un delicado trabajo de labrado de la superficie antes de la cocción.

Una vez más, se comparó la muestra con las descripciones de los tipos establecidos hace tres décadas por Giraldo de Puech, sobre todo con la cerámica excavada en el sitio San José de Ariporo en la ribera del río Ariporo, afluente del río Casanare. Recordemos que además de los dos tipos ya mencionados, la autora también describió otros tipos en la cuenca baja del río Casanare, estos son el "Casanare fino compacto" de buena manufactura y cocción; el "Casanare rojo granular" de apariencia burda y sin decoración; y el "Meta poroso", liviano y de apariencia burda.

Aunque tampoco se pudo establecer un vínculo directo entre el "Ariporo anaranjado compacto" con alguno de estos, es relevante destacar la importancia de las descripciones rigurosas del material cerámico encontrado. El trabajo de Giraldo de Puech, como el de otros arqueólogos colombianos de ese entonces, ofrece bases para poder comparar la cerámica de un sitio con otro, las cuales difícilmente hoy día se encuentran en los informes de

consultorías. Pareciera que se evade intencionalmente la responsabilidad de analizar la cerámica argumentando que no había fragmentos diagnósticos.

Esa “tiestología” a la que se refieren algunos investigadores que evaden en sus informes el análisis de la cerámica y se interesan más en citar datos supuestamente “etnohistóricos” (aunque realmente provienen de fuentes históricas y no tienen que ver con la tradición oral indígena); es la que realmente ha permitido construir arqueología en Colombia. El análisis básico de la cerámica es importante, así se reconozca que en el mundo académico de hoy día el salto cualitativo para interpretar un sitio arqueológico se ha dado cuando se realizan diferentes análisis especiales con tecnologías de punta, desarrolladas principalmente para las ciencias ambientales y forenses.

Por su puesto, tampoco se trata de crear tipos cerámicos a diestra y siniestra para justificar la actividad arqueológica. Pero en aquellas regiones donde se presentan grandes vacíos de investigación académica conviene avanzar en alguna dirección que sirva de referente para otros investigadores, quienes a su vez pueden acoger o reevaluar las interpretaciones a la luz de nuevos hallazgos.

Al transitar por el departamento de Casanare, el panorama arqueológico aparentemente goza de más información. Por lo tanto, vale la pena referirnos a dos sitios que ofrecen nuevos datos de referencia, aunque éstos hayan sido excavados hace varios años. Uno de ellos es el sitio de la finca La Maporita, ubicado en la vereda Puente Cusiana del municipio de Tauramena, allí Peña (1993) excavó artefactos líticos de aproximadamente 3600 años de antigüedad, siendo hasta el momento el contexto arqueológico más antiguo encontrado en los Llanos Orientales. En otras unidades de excavación encontró cerámica cuya datación la ubica en el siglo V d.C. Esta cerámica después sería denominada como tipo “Tauramena” e identificada por otros autores en el municipio de Aguazul.

En la finca Santa Marta, vereda Cuarto Unete del municipio de Aguazul, Alarcón y Segura (1998) excavaron depósitos de cerámica y artefactos líticos cuyas dataciones los ubican en los siglos VI y X d.C. En estas excavaciones también encontraron macrorrestos de palmas: *Acrocomia aculeata* (Corozo), *Attalea insignis* (Yagua) y *Bactris gasipaes* (Chontaduro), cuyos frutos son utilizados como alimento; y de la leguminosa *Anadenanthera peregrina* (Yopo), utilizada como alucinógeno en rituales por los indígenas de la cuenca del río Orinoco (las semillas se tuestan y reducen a polvo para absorberlo vía nasal).

Los hallazgos en los sitios La Maporita (Tauramena) y Santa Marta (Aguazul), ofrecen claves para entender pautas de consumo a partir de la elaboración y

utilización de artefactos líticos relacionados con el procesamiento de productos de origen animal (raspadores, cortadores) y el aprovechamiento de frutos silvestres (machacadores). Esto último se corrobora con los macrorrestos de palmas excavados en Aguazul.

La cerámica encontrada en Santa Marta (Aguazul) fue clasificada con el nombre de "Tauramena" por compartir ciertas características con la encontrada en La Maporita, excavada cinco años antes. El mayor número de fragmentos tienen pasta de textura granular y, en menor cantidad, laminar. No se informa con qué elemento fue atemperada. El color varía de gris oscuro (10 BG 4/1 dark bluish gray) a rosado (2.5 YR 8/3 pink) pasando por café (7.5 YR 5/6 brown) y café rojizo (5 YR 5/4 dull reddish brown). El acabado de la superficie es burdo y muy pocos fragmentos están pulidos. En la decoración se destacan las incisiones con diseños de líneas onduladas paralelas y en menor proporción líneas oblicuas paralelas y punteaduras; también se aprecian cordeles modelados alrededor de los bordes externos y, en algunos casos, volutas y asas. La técnica de manufactura: el enrollado en espiral. Algunas formas diferenciables son vasijas globulares con borde recto y labio redondeado; vasijas globulares con borde evertido y borde redondeado; múcuras con asas planas verticales; cuencos de boca abierta grandes y pequeños; y platos (Alarcón y Segura, 1998).

En otro sector del departamento de Casanare, en la vereda Chavinabe del municipio de Maní, Chacín (1998) ubicó un sitio en la ribera del río Cusiana. Se trataba de un área de vivienda indígena. En el mismo proyecto, cerca de un antiguo meandro, la arqueóloga encontró un depósito de cerámica cuyos elementos culturales más representativos son figurinas antropomorfas y zoomorfas, y asas con representaciones zoomorfas. Las formas diferenciables son vasijas globulares con asas decoradas, vasija de trípode y platos sin decoración.

La clasificación de esta cerámica se realizó posteriormente y se incluyó en el contexto regional de otro proyecto (Romero, 2006 b). El tipo cerámico lo denominamos "Chavinabe", el cual presenta una pasta de textura compacta, atemperada con arena de río muy fina. Al golpearla, el timbre tiende a ser grave. El color es amarillo (25 YR 8/4 pale yellow), habano claro (10 YR 6/3 dull yellow orange) y gris (25 YR 7/1 light gray). La calidad del alisado es buena en la mayoría de los fragmentos. Estos no presentan engobe. La decoración predominante son incisiones de líneas oblicuas, aplicaciones de volutas, pliegues internos y, tal como se mencionó, diseños zoomorfos y antropomorfos. Los bordes generalmente son rectos con labios redondeados y rectos con labios reforzados. Las bases tienen forma de pequeño pedestal circular. La técnica de fabricación de las vasijas: el enrollado en espiral.

Es interesante observar que la cerámica del tipo “Tauramena” identificada en la cuenca alta del río Cusiana, sitios La Maporita y Santa Marta (Aguazul), difiere de la cerámica tipo “Chavinave” identificada en la cuenca baja del río Cusiana. Si bien se cuenta con datos cronológicos para la de Tauramena (siglos VI y X d.C.), infortunadamente por ahora no se cuenta con esta clase de datos para la de Chavinave.

A partir de diferentes proyectos a lo largo de la ribera del caño Guanapalo y el río Pauto, se ha estado corroborando la utilización de las terrazas no inundables como sitios de asentamientos indígenas. En la cuenca alta del Guanapalo se conservaba, hasta mediados del siglo XX, una tradición alfarera de cántaros para almacenar agua similar a la que se conoce como Achagua del período colonial. Hoy día se pueden apreciar algunos de ellos en casas de campesinos. En la cuenca baja, cerca de la desembocadura del río Meta, hay asentamientos de la etnia Sáliva que también conservan su propia tradición alfarera, principalmente cántaros para almacenar agua (Romero, 2008 b).

Por tradición oral se sabe que el territorio ancestral de los Sáliva era las márgenes del río Meta y que después de la fundación de Orocué, a mediados del siglo XIX, los Sáliva fueron desplazados hacia el Guanapalo y otros territorios. En el siglo XX, durante el período de la violencia bipartidista en el primer lustro de los años cincuenta, la zona fue bombardeada por las fuerzas militares bajo las órdenes del gobierno conservador, obligando a los indígenas a refugiarse en las matas de monte de las riberas de los caños. No es extraño, como lo expresaba un líder local, encontrar restos de ollas de los antepasados junto a proyectiles disparados desde los aviones de esa época.

La pauta de asentamiento identificada en las riberas del Pauto y el Guanapalo (particularmente en la vereda San Rafael de Guanapalo de San Luis de Palenque) contrastan con el muy bajo potencial arqueológico de las zonas interfluviales llano adentro (Romero, 2006 b; 2008 a; 2008 b; 2009 a). Por otra parte, cabe señalar que el curso de algunos caños ha variado entre un siglo y otro, por lo tanto las antiguas zonas de asentamiento indígena no necesariamente se ubican en las actuales terrazas colindantes a los caños. Las interpretaciones de las fotografías aéreas de diferentes décadas ofrecen valiosa información al respecto.

En cuanto a la cerámica, esta se asemeja a la clasificada como Achagua. Esta cerámica presenta una pasta de textura compacta, atemperada con arena de río muy fina. Al golpearla, el timbre tiende a ser grave. El color predominante va de rosado pálido a gris pálido (7.5 YR 8/2 light gray). La calidad del alisado es regular en la mayoría de los fragmentos. Estos no presentan engobe. La decoración predominante son aplicaciones de volutas y asas. Los bordes

generalmente son rectos con labios redondeados. Algunas bases sugieren vasijas cónicas. La técnica de fabricación: el enrollado en espiral.

Recordemos que los Achagua han sido considerados como una de las sociedades de más alta densidad poblacional y dispersión espacial que poblara los Llanos Orientales de Colombia, extendiéndose por el norte hasta los Llanos de Barinas en Venezuela (Rivero, 1956 [1736]). Arqueológicamente, la referencia más significativa la ofrece la excavación del sitio El Arenal, en el corregimiento de Tilodirán del municipio El Yopal, ubicado en la ribera del caño Seco y a menos de un kilómetro del caño Canacabare; allí se encontró un basurero con abundante cerámica y un área de vivienda indígena del siglo XVII d.C., según la datación obtenida (Mora y Márquez 1982 citado en Mora, 1988: 101).

Es interesante, que en la ribera del caño Canacabare, en jurisdicción de Tilodirán, se ha estado identificando una relación entre hallazgos arqueológicos (fragmentos de cerámica indígena) y concentraciones de matas de guadua (*Guadua angustifolia*). Estas concentraciones se conocen localmente como "guafales". Algo similar se ha identificado en la Costa Pacífica colombiana, donde las concentraciones de guadua en las riberas de los ríos indican actividad humana (West, 1957: 42; Romero, 1995: 213). Por otra parte, en jurisdicción de Yopal, un grupo de arqueólogos excavó y actualmente está analizando la cerámica del sitio Floreña, que comprende terrazas de viviendas y que promete ser uno de los más interesantes del piedemonte casanareño. Se espera que esta información esté disponible a finales del 2010.

Siguiendo nuestro recorrido hacia el sur, nos ubicamos en el departamento del Meta, un territorio donde claramente las investigaciones arqueológicas se han enfocado hacia la antigua etnia Guayupe (Ej. Mora y Cavelier, 1989; Mora y López, 1990; López y Botero, 1992).

La investigación de Reichel y Dussán (1974) a mediados de los años setenta, en la ribera del caño Cumaral, municipio de San Martín, muestra una forma de ingería prehispánica basada en la adecuación de tierras para construir montículos de 3 m de diámetro y 60 cm de altura, utilizados por los indígenas para el cultivo de tubérculos como la yuca. De acuerdo con los autores, este sistema de cultivo representa una importante adaptación a los cambios climáticos de los Llanos Orientales, puesto que en el período seco los cultivos no pierden humedad y en el período de lluvias los cultivos se preservan de las inundaciones. Infortunadamente, los autores no obtuvieron dataciones de los montículos.

En una terraza de la ribera del río Acacías, Mora y Cavelier (1983) excavaron un asentamiento indígena correspondiente a un sitio de vivienda en el que

encontraron cerámica, artefactos líticos y macrorrestos carbonizados de maíz (*Zea mays*), yopo (*Anadenanthera peregrina*), frijol (*Phaseolus* sp.) y chontaduro (*Bactris gasipaes*). La datación del sitio lo ubica a mediados del siglo XV d.C. Al comparar la cerámica con la de hallazgos posteriores, se empezó a establecer un vínculo de ésta con la etnia Guayupe.

Los hallazgos en el río Acacias muestran asentamientos en las terrazas altas que contrastan con la ausencia de éstos en la vega del mismo río. La población indígena se habría asentado de manera dispersa conformando pequeños caseríos de 3 a 5 unidades de vivienda. Según los autores, es notoria en esta región la baja densidad de los yacimientos arqueológicos. Al comparar sus datos con los de la investigación de Marwitt (1975) en los Llanos Orientales, encontraron similitudes en las formas y decoraciones de la cerámica, en las que sobresalen las incisiones y aplicaciones cerca del borde de las vasijas (Mora y Cavelier, 1987: 78). Cerámica similar también la encontraron en la ribera del caño Irique, tributario del río Ariari, en lo que posiblemente fue un caserío indígena del siglo XVII d.C., según la datación obtenida.

La comparación de la cerámica encontrada en diferentes sitios del departamento del Meta, incluyendo la colección del Instituto Colombiano de Antropología, sugiere que en los siglos XV, XVI y XVII d.C. el occidente del departamento habría sido controlado por una misma etnia (Mora y Cavelier, 1989: 37). Además, que la cerámica excavada por Marwitt en el municipio de Granada, ubicada cronológicamente en el siglo IX d.C., corresponde a la misma tradición alfarera (*Ibid.*: 41). Recordemos que en su momento, Marwitt consideró esta cerámica como una fase del horizonte policromo de la amazonía propuesto por Lathrap (1970).

Si bien los documentos históricos de los siglos XVI y XVII, como las crónicas de Aguado (1956) y las relaciones de expedicionarios como Juan de Avellaneda quien fundó el pueblo de San Juan de los Llanos en 1555, sugieren que grupos Guayupe, Operigua y Saes habitaban en inmediaciones del río Ariari, parece ser que se trataba de una misma etnia que compartía un mismo origen mítico (Aguado, 1956: 604-612) y un mismo estilo de alfarería. Posiblemente, estos grupos estaban organizados como cacicazgos independientes entre ellos¹, es decir que no estaban sujetos a un poder central que abarcara todo el territorio étnico.

El área de dispersión de los hallazgos con cerámica clasificada como Guayupe abarca un territorio de piedemonte que va desde los municipios de Cumaral y

¹ Se entiende por cacicazgo a una organización social de tipo jerárquico que carece de burocracia. Pero también se entiende que en arqueología los modelos sociales son abstracciones que sirven para elaborar hipótesis de trabajo que orientan las investigaciones a largo plazo.

Villavicencio hasta el río Guayabero, siguiendo por este río hasta su confluencia con el río Ariari, donde se inicia el río Guaviare. En la ribera del Ariari se han excavado cementerios con urnas funerarias y restos óseos incinerados en su interior, plantas de viviendas y basureros (Mora y López, 1990). Y en la cuenca baja del río Guayabero se ha encontrado cerámica Guayupe asociada a sitios con suelos antrópicos (López y Botero, 1992), es decir, suelos modificados por actividades humanas.

La amplitud del territorio Guayupe sugiere diferencias en las actividades agrícolas y económicas. De acuerdo con Mora y Cavelier (1989: 40), los sitios excavados en las terrazas altas de la ribera del río Acacias muestran el aprovechamiento del maíz, el frijón y ciertas variedades de palmas. En las estibaciones de la cordillera, como en el caso del sitio de Upín en el municipio de Restrepo, las actividades económicas se habrían basado en la explotación de minas de sal y el comercio con los Muiscas de la Sabana de Bogotá. En la cuenca del río Ariari, el énfasis habría estado en el cultivo de la yuca.

En cuanto a las pautas de asentamiento, habrían predominado las pequeñas unidades familiares dispersas en las riberas de ciertos ríos y caños. Pero también se tiene referencia de poblados fortificados como los descritos por los cronistas del período de la conquista. ¿Por qué la diferencia? ¿Estarían estos últimos en zonas de frontera o se debe a variaciones en las trayectorias de su evolución social?

Por el oriente, en la confluencia de los ríos Guamal y Camoa, donde se inicia el río Metica, y siguiendo por este río hasta su confluencia con el río Guayuriba, donde se inicia el río Meta, también se ha encontrado cerámica similar a la clasificada como Guayupe (Romero, 2009b). Un reconocimiento arqueológico en el municipio de San Carlos de Guaroa permitió identificar tres sectores con hallazgos arqueológicos. El primero, en la confluencia del río Guamal y el caño Camoa. El segundo, en la margen occidental del río Metica, particularmente en la vereda El Barro. Y el tercero, en el corregimiento de Rincón de Pajure, cerca de la confluencia de los ríos Metica y Guayuriba.

Realmente son muy pocos los objetos que aún se conservan en la zona. Al conversar con la gente es común escuchar respuestas como: *“Sí, yo tenía unas ollas y otras cosas de indios que había encontrado, pero se partieron y luego me las botaron”*. *“Las cosas que tenía se las llevó un amigo para que las estudiaran en Villavicencio”*. No obstante, lo que algunos habitantes aún conservan es significativo para seguirle la pista a la cerámica Guayupe. La **Figura 2** y la **Figura 3** muestran dos vasijas encontradas precisamente en la vereda El Barro.



Figura 2. Cerámica indígena encontrada en San Carlos de Guaroa. (YRP).

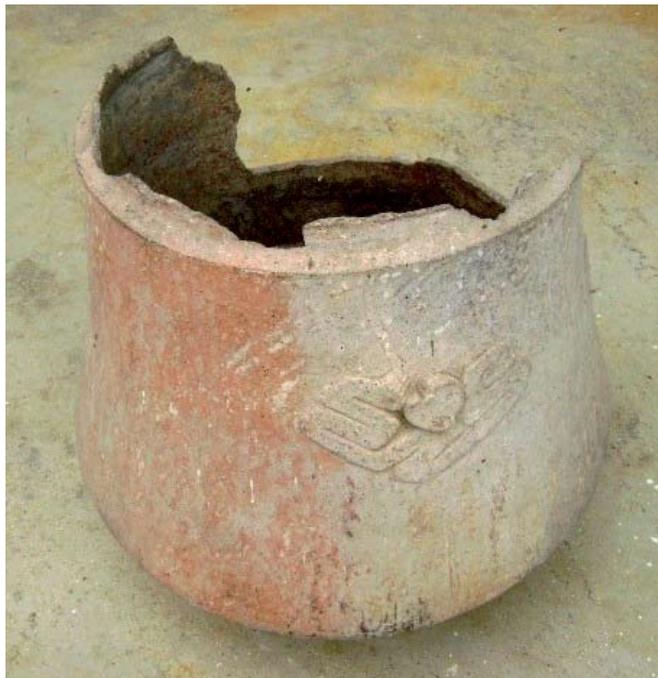


Figura 3. Cerámica indígena encontrada en San Carlos de Guaroa. (YRP).

Los Guayupe habrían utilizado las terrazas de la ribera del río Metica como sitios de asentamiento y, posiblemente, habrían aprovechado la ruta del río Metica-río Meta como una vía de comunicación y de comercio con otras etnias aguas abajo. En la margen oriental del río Metica el paisaje predominante es el de la altillanura, una zona plana de gran extensión que no habría ofrecido seguridad a los asentamientos Guayupe frente a otros grupos étnicos.

Cerca de los ríos Guayuriba y Metica, en el corregimiento de Rincón de Pajure, se encuentra un antiguo sitio conocido como “mata de guaca” o “mata redonda”, a un kilómetro del caserío por la vía principal. El sitio se reconoce como un pequeño bosque antrópico de una hectárea con concentraciones de palmas y árboles frutales que sirven de indicadores de antiguos asentamientos humanos. En el sitio aún se encuentran pequeños fragmentos dispersos de cerámica indígena erosionada y removida por los campesinos que escarbaban buscando objetos de oro. No se sabe si lo habrán encontrado como tampoco quiénes fueron esos indígenas. ¿Quizás descendientes de los Guayupe? ¿Quizás de otra etnia que migró al sector en el siglo XIX? Es posible.

Lo que sí se sabe es que no fue un sitio abandonado por voluntad de los indígenas, sino que fue abandonado durante el período de la Violencia en 1950-1953, cuando las tropas conservadoras, persiguiendo a las guerrillas liberales del Llano, bombardearon la región. Un hecho similar lo vivieron los habitantes del antiguo caserío de Guaroa, ubicado junto al caño del mismo nombre a siete kilómetros del actual San Carlos de Guaroa, por la vía a Surimena. La filiación política de sus habitantes era liberal, y durante la Violencia fueron arrasados Guaroa, Surimena y otros caseríos de los Llanos Orientales. Actualmente sólo se conservan vestigios del antiguo cementerio de Guaroa entre plantaciones de palma africana.

La altillanura que se extiende al oriente del río Metica y la cuenca alta del río Meta es atravesada por el río Manacacías. Llama la atención que en su ribera no se han encontrado vestigios arqueológico, por ejemplo, en su cuenca baja ha habido al menos una docena de proyectos de arqueología preventiva en los que no se han reportado hallazgos. Como en el medio de las consultorías es factible volver a una región que ha sido visitada por uno y otros arqueólogos y los resultados son los mismos (reconocimiento multisituado), entonces cabe preguntarse si el ambiente no era propicio para asentamientos permanentes indígenas y si la zona fue habitada por grupos de alta movilidad portadores de tecnologías que utilizaban principalmente materiales perecederos (fibras vegetales, madera, huesos, etc).

Una hipótesis de trabajo es que las características de los suelos y del relieve no habrían favorecido los asentamientos de grupos agroalfareros y que el área habría sido más de aprovechamiento de recursos por parte de grupos dedicados a la caza (venados, roedores, aves, etc), pesca y recolección (frutos de palmas, etc). Al estudiar los resultados de la caracterización ambiental de un proyecto en el que participé, se observa que todas las unidades de suelos identificadas en una zona de 45000 hectáreas de la cuenca del río Manacacías presentan fertilidad muy baja. Y en ninguno de los 2000 apiques (excavaciones del ancho de una pala) que en diciembre de 2009 se realizaron en determinados sectores, se encontraron rastros de suelos antrópicos (Romero, 2010). El río Manacacías pudo haber sido una importante vía de tránsito y de aprovechamiento de recursos acuíferos, pero no tiene un área de desborde fértil como tampoco la tienen los diferentes caños de la zona. Asimismo, las características del paisaje también sugieren que la extensa llanura cubierta de pajonales tampoco habría favorecido la defensa del territorio frente a grupos rivales. En conjunto, estos datos refuerzan la idea de que este territorio fue dominio de grupos indígenas que se movilizaban aprovechando los recursos estacionales, portadores de tecnologías livianas.

Si bien es cierto que los grupos de alta movilidad también pueden haber elaborado ollas de cerámica y artefactos líticos como lo muestra Politis (1996: 308, 315) en su investigación con los Nukak en la selva del Guaviare, para esta clase de grupos la formación de los depósitos arqueológicos es más dispersa y con menor volumen de materiales imperecederos que la de los grupos agroalfareros. Esto dificulta encontrarlos.

Próximo a la confluencia del río Manacacías con el río Meta, en el municipio de Puerto Gaitán, se encuentra el resguardo Sikuaní (Guahibos) de Wacoyo. El acercamiento etnográfico muestra que su tradición alfarera se inició y mantuvo por algunas décadas en el siglo XX y que fue reemplazada paulatinamente por artículos domésticos de metal intercambiados o comprados a colonos. Hoy día las ollas de cerámica que elaboran los Sikuaní las producen por encargo de los turistas. Este grupo practica una horticultura de subsistencia en suelos de muy baja fertilidad restringidos al área del resguardo del que no hay un reconocimiento como territorio ancestral. En otras palabras, viven allí porque es lo que el Estado colombiano les otorgó a finales del siglo XX para su supervivencia. Al occidente de este territorio, a una hora en carro más o menos, habitan en un pequeño resguardo los últimos Achaguas del país en condiciones similares de pobreza económica. Y dicho sea de paso, en el departamento del Meta, la otrora importante etnia Guayupe de los siglos XVI y XVII prácticamente desapareció.

Al suroccidente de San Carlos de Guaroa, en Puerto Santander, jurisdicción del municipio de Fuente de Oro, se encuentra un pequeño museo arqueológico con una de las colecciones más importantes de urnas funerarias Guayupe rescatadas (durante la construcción del sistema de alcantarillado) gracias al esfuerzo e interés de algunos habitantes de la localidad. Este hallazgo sugiere que el lugar fue sede de un importante asentamiento Guayupe junto al río Ariari. Tal vez una aldea. En la **Figura 4** se aprecia la decoración de una de las urnas funerarias del museo. Diseños de pintura blanca sobre fondos rojos o habanos con aplicaciones antropomorfas y zoomorfas son comunes. En la figura, la imagen estilizada de un murciélago llama la atención porque en diferentes culturas indígenas americanas se consideraba como una de sus deidades más notables, para algunas simbolizaba fertilidad y vida, para otras: los poderes de la oscuridad y la noche. ¿Qué habrá simbolizado para los Guayupe?



Figura 4. Decoración de una Urna Funeraria. Museo Guayupe de Puerto Santander. (YRP).

Antrosoles y pictografías: ¿Obras de los Guayupe?

La historia de los antrosoles (suelos antrópicos) en la Amazonía colombiana, particularmente en el municipio de Araracuara, en la ribera del río Caquetá,

departamento del Amazonas, es el resultado de un largo proceso de ajuste social y tecnológico de un grupo humano en su relación con el entorno que habitaba (Andrade, 1986). Con la deforestación y uso agrícola, la pérdida de la capa orgánica del suelo se restablecía con la adición de limos y elementos orgánicos. Esto posibilitaba mantener la ocupación del lugar por largos períodos de tiempo y por varias generaciones, lo que implicó cambios importantes en la organización de las comunidades agroalfareras para aprovechar con más eficiencia los recursos naturales disponibles y sostener a una población demográficamente en aumento. La conformación de antrosoles en Araracuara habría empezado alrededor del siglo I d.C. (*Ibid.*: 61) y se habría mantenido por varios siglos.

La presencia de antrosoles también se registra en la investigación de López (1993) en la ribera del río Guayabero, sitio Angostura I, municipio La Macarena. La datación de las muestras excavadas ubica la formación del sitio en el siglo III d.C. En la investigación también se identificaron otros sitios en los que se relaciona la formación de antrosoles con la presencia de asentamientos Guayupe. Uno de estos sitios es el de La Carpa, donde la asociación con cerámica de esta etnia es más notoria.

En la cuenca baja del río Guayabero, en inmediaciones del raudal Angostura II, se encuentra un conjunto de pictografías (pinturas rupestres) denominado "Monumento Guayabero". Tales pictografías han sido ampliamente referenciadas en notas turísticas y en informes técnicos (Botiva, 1986). Sin embargo, las interpretaciones sobre sus significados y su posible vinculación a una etnia particular se han evitado.

Sin duda, la información arqueológica y etnohistórica debería aportar elementos para plantear al menos una hipótesis sobre quiénes habrían sido los artífices de estas formas de expresión cultural. Con cierta prudencia puede afirmarse que integrantes de una etnia como los Guayupe, que dominó una región, practicando actividades que implican una organización social que trasciende las labores de subsistencia y que conocía el valor simbólico la pintura corporal (Aguado 1957: 132-133), hayan sido los artífices de las pictografías del "Monumento Guayabero". Además que se conocen pictografías y petroglifos en otros sitios del territorio ocupado por los Guayupe, por ejemplo, el petroglifo Piedra Gorda ubicado en la vereda La Cristalina del municipio de Lejanías.

No se trata de atribuirle todo lo que se encuentre a los Guayupe, pero sí de proponer hipótesis para corroborarlas o refutarlas con nuevos métodos y tecnologías de investigación.

Por otra parte, en la vereda El Tigre de San José del Guaviare, en una larga formación rocosa que se extiende de norte a sur, hay un pequeño conjunto de pictografías similares a las del “Monumento Guayabero”. Si bien no ha habido excavaciones arqueológicas, se sabe por referencias de colonos que eventualmente se han encontrado fragmentos de ollas antiguas (Romero, 2003). ¿Quiénes habrán sido los artífices de estas otras pictografías? ¿Qué significados culturales tienen? ¿Estarán relacionadas con las del “Monumento Guayabero”? ¿Qué tipo de cerámica se encontrará en el sector?

Palabras de retorno

La historia colombiana está en deuda con los Guayupe. Esta etnia, que al parecer dominaba un territorio de las dimensiones del territorio Muisca al arribo de los españoles, prácticamente es desconocida en el país. Poco se sabe de por qué desaparecieron étnica y culturalmente. ¿Será que en la tradición oral de los indígenas que aún sobreviven en el suroccidente de los Llanos, como los Guayabero, se encontrarán pistas sobre la desaparición de los Guayupe? Ya sabemos lo que dicen los cronistas y expedicionarios del período de la conquista, ahora hay que rescatar las fuentes etnohistóricas: las que se basan en la tradición oral de los indígenas.

Después de transitar por el Meta, al retornar al departamento de Casanare nuestro conocimiento sobre el período prehispánico se ensombrece. Tenemos una etnia como los Achagua de la que realmente sabemos muy poco; casi toda la información proviene de relatos de misioneros del período colonial. No se puede decir que haya relación entre la cerámica encontrada en el río Cusiana, ubicada en los siglos VI y X d.C. y la cerámica del siglo XVII del sitio El Arenal. ¿Dónde estarán los vestigios de los Achagua de los siglos XV y XVI o quizás de los siglos anteriores?

Llegamos nuevamente al punto de partida, en el departamento de Arauca. A lo largo de nuestro viaje no volvimos a tener reportes de sitios en los que fuera evidente la transición del cultivo de la yuca al cultivo del maíz. Recordemos que en la década de los años cincuenta del siglo XX, Reichel Dolmatoff reportó esta transición en los sitios Momil I y Momil II, ubicados en inmediaciones de Ciénaga Grande en la cuenca baja del río Sinú, departamento de Córdoba. Si bien la arqueología de la Costa Atlántica colombiana no ha podido precisar en qué momento ocurrió dicha transición, se sugiere que fue después del siglo II a.C. ¿Qué tanta influencia habrá tenido este hallazgo en la interpretación del sitio caño Bombay excavado por Rojas de Perdomo en Arauca?

Terminemos diciendo que el reconocimiento multisituado que se propone en este artículo consiste básicamente en viajar por diferentes regiones con preguntas sobre sitios arqueológicos, siguiéndole la pista a objetos, costumbres, ideas, etc., para entender el período prehispánico de nuestro país.

Bibliografía

- AGUADO, Pedro. (1956) [1575]. *Recopilación historial*. Tomo I. Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia. Bogotá.
- _____. (1957) [1575]. *Recopilación historial*. Tomo III. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia.
- ALARCÓN, Jorge; SEGURA, Liliana. (1998). *Rescate arqueológico en el municipio de Aguazul, Casanare*. Bogotá: FIAN.
- ANDRADE, Ángela. (1986). *Investigación arqueológica de los antrosoles de Araracuara*. Bogotá: FIAN.
- ANSCHUETZ, K.F.; WILSHUSEN R.H. & SCHIECK C.L. (2001). "An archaeology of Landscapes: perspectives and directions". *Journal of Archaeological Research*, 9(2): 152-197.
- BAQUERO, Álvaro. (1988). "La otra opinión: la tradición oral como fuente histórica. Ensayo metodológico para integrar la arqueología y la etnología". En: *Los llanos: una historia sin fronteras*. Primer simposio de historia de los llanos colombo venezolanos. Academia de Historia del Meta. Villavicencio.
- BINDFORD, Lewis. (1983). *Working at Archaeology*. NY: Academic Press New York.
- BOTIVA, Álvaro. (1986). "Arte rupestre del río Guayabero. Pautas de interpretación hacia un contexto sociocultural". *Informes antropológicos*, 2: 39-74. Bogotá: ICAN.
- CARDALE, Marianne; BRAY Warwick; GÄHWILDER Theres y HERRERA Leonor. (1992). *Calima. Diez mil años de historia en el suroccidente de Colombia*. Bogotá: Fundación Pro Calima.
- CASTILLO, Neyla. (1998). *Los antiguos pobladores del Valle Medio del Río Porce. Aproximación inicial desde el estudio arqueológico del proyecto Porce II*. Medellín: EEP de Medellín.
- CRIADO, Felipe. (1999). *Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje*. Capa 6. Universidad Santiago de Compostela.
- CHACÍN, Regina. (1998). *Prospección arqueológica de los Bloques Paloblanco y Miradores, Maní (Casanare)*. Harken de Colombia Ltda. Bogotá. Sin publicar.
- CHACÍN, Regina; ROMERO, Yuri. (1997). *Prospección arqueológica para el estudio de impacto ambiental y plan de manejo del pozo de exploración Tocoragua-1 (Táme, Arauca)*. ECOPEPETROL. Bogotá. Sin publicar.
- DEETZ, James. (1990). "Landscapes as cultural statements". In: Kelso W. & Most. R. (Editors). *Earth Patterns: Essays in Landscape Archaeology*. Charlottesville: University Press of Virginia.

- FLÓREZ, Franz; MORA, Santiago y PATIÑO, María. (1997). "De la edad de piedra... A la edad de la inocencia". En: MORA, Santiago y FLÓREZ, Franz (eds.). *Nuevas memorias sobre las antigüedades neogranadinas*. Bogotá: Colciencias.
- GIRALDO DE PUECH, María. (1976). *Excavaciones arqueológicas en la región de Cravo Norte, Arauca*. Monografía Tomo II.. Departamento de Antropología. Universidad de los Andes. Bogotá. Sin publicar.
- GÓMEZ, Alba. (2005). "Arqueología colombiana. Alternativas conceptuales recientes". *Boletín de antropología*, 19(36): 198-231.
- HERRERA, Luisa Fernanda; CAVELIER, Inés; RODRÍGUEZ, Camilo; MORA, Santiago. (1992). "The technical transformation of an agricultural system in the Colombian Amazon". *World archaeology*, 24(1): 98-113.
- HODDER, Ian. (1988). *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Barcelona: Crítica.
- LATHRAP, Donald. (1970). *The Upper Amazon*. London: Thames & Hudson.
- LÓPEZ, Elizabeth. (1993). *Prospección arqueológica y fisiográfica en la llanura aluvial del río Guayabero (Meta)*. Monografía. Departamento de antropología, Universidad Nacional de Colombia.
- LÓPEZ, Elizabeth y BOTERO, Pedro. (1992). "La cultura Guayupe presente en las llanuras aluviales de los ríos Ariari y Guayabero". En: *Memorias segundo seminario de historia regional*. Villavicencio.
- LLANOS, Héctor. (1995). *Los chamanes jaguares de San Agustín. Génesis de un pensamiento mitopoético*. Bogotá: Edición Héctor Llanos.
- MARCUS, George. (2001). "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal". *Alteridades*, 11(22): 111-127.
- MARWITT, John. (1975). *Archaeological Research in the Colombian Llanos*. Paper presented at the Annual Meeting of the American Anthropological Association, San Francisco CA.
- MORA, Santiago. (1988). "Cataruben: una aproximación a los Achaguas". *Revista Colombiana de Antropología*, XXVI: 83-107.
- MORA, Santiago y CAVELIER, Inés. (1983). *Contrapunteo llanero*. Monografía. Departamento de Antropología. Universidad de los Andes. Bogotá. Sin publicar.
- _____. (1987). "Resultados preliminares de una prospección en el piedemonte llanero, Departamento del Meta". *Maguaré*, 5: 73-83.
- _____. (1989). "Agricultores del pie de monte: los Guayupe". *Boletín de antropología*, 4(4): 35-44.
- MORASantiago y LÓPEZ, Elizabeth. (1990). *Puerto Santander, un yacimiento arqueológico Guayupe*. ICANH. Bogotá. Sin publicar.
- MORA, Santiago y Elizabeth MARQUEZ. (1982). *Investigaciones Arqueológicas en el municipio de Yopal. Casanare*. FIAN. Sin publicar.
- MORCOTE, Gaspar. (2008). *Antiguos habitantes en ríos de aguas negras. Ecosistemas y cultivos en el interfluvio amazonas – Putumayo, Colombia – Brasil*. Instituto de Ciencias Naturales. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

- OSBORN, Ann. (1985). *El vuelo de las Tijeretas*. Bogotá: FIAN.
- PEÑA, Germán. (1993). *Reconocimiento y excavaciones en la finca La Maporita. Informe técnico de la temporada de campo*. Instituto de Ciencias Naturales. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. Sin publicar.
- POLITIS, Gustavo. (1996). *Nukak*. Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas SINCHI. Bogotá.
- _____. (1999). "La estructura del debate sobre el poblamiento de América". *Boletín de arqueología*, 14(2): 25-51.
- REICHEL DOLMATOFF, Gerardo. (1989). "Colombia indígena, período prehispánico". En: *Nueva historia de Colombia*. Bogotá: Planeta.
- REICHEL DOLMATOFF, Gerardo y DUSSÁN, Alicia. (1974). "Un sistema de agricultura prehistórica en los Llanos Orientales". *Revista Colombiana de Antropología*, XVII: 189-200.
- RIVERO, Juan. (1956) [1736]. *Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*. Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia.
- RODRÍGUEZ, Luis Enrique. (2007). "Mil años hace... De la prehistoria al descubrimiento". En: *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber*. Bogotá: Taurus.
- ROJAS DE PERDOMO, Lucía. (1983). *Excavaciones arqueológicas en Arauca: consideraciones generales*. Instituto Colombiano de Antropología. Bogotá. Sin Publicar.
- ROMERO, Yuri. (1995). "Hombres cosechadores del bosque pluvial bajo del Chocó, estudio paleoetnobotánico". *Revista Colombiana de Antropología*, XXXII: 197-218.
- _____. (1996). Apuntes sobre el patrimonio cultural del precerámico de Colombia. *Boletín de arqueología*, 11(2): 3-60.
- _____. (2003). *Reconocimientos arqueológicos para los estudios de impacto ambiental de los proyectos: Línea de transmisión eléctrica El Retorno a Calamar (Guaviare) y Línea de transmisión eléctrica San José del Guaviare a Puerto Concordia (Meta)*. IPSE. Bogotá. Sin publicar.
- _____. (2006 a). "Tramas y urdimbres sociales en la ciudad". *Universitas Humanística*, 61: 217-228.
- _____. (2006 b). *Prospección arqueológica pozo exploratorio Mauritía-1, Orocué (Casanare)*. Unión Temporal Moriche – Bio estudios Ltda. Bogotá. Sin publicar.
- _____. (2007). *Reconocimiento arqueológico en la ribera del Río Ele, sector Caricare (Departamento de Arauca)*. Hidromecánicas Ltda. Bogotá. Sin publicar.
- _____. (2008 a). *Reconocimiento arqueológico para las medidas de manejo ambiental del programa sísmico Merecure (Paz de Ariporo – Casanare)*. CEPCOLSA. Bogotá. Sin publicar.
- _____. (2008 b). *Reconocimiento arqueológico para las medidas de manejo ambiental del programa sísmico Altaír (Orocué – Casanare)*. Inter Oil. Bogotá. Sin publicar.
- _____. (2009 a). *Programa de arqueología preventiva en el área de perforación exploratoria Casimena (Santa Helena de Cúsiva, Casanare)*. Petrominerales Colombia Ltda. Bogotá. Sin publicar.

- _____. (2009 b). *Reconocimiento arqueológico para las medidas de manejo ambiental del programa sísmico CPO – 10. Departamento del Meta*. ECOPETROL. Bogotá. Sin publicar.
- _____. (2010). *Informe de reconocimiento y prospección y plan de manejo arqueológico del Área de Desarrollo Caracara. Departamento del Meta*. Consorcio Ecoforest – Geocol. Bogotá. Sin publicar.
- STEMPER, David y SALGADO, Héctor. (1995). "Local histories and global theories in Colombia Pacific coast archaeology". *Antiquity*, 69: 248-269.
- TOVAR, Hermes. (1993). *Relaciones y visitas a los Andes, siglo XVI*. Tomos I, II, III y IV. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- WEST, Robert. (1957). *The pacific Lowlands of Colombia*. Louisiana State University Studies, N° 8. Baton Rouge.